

Más y más cada vez yergue insaciable.
 Con el balar de moribundas greyes
 Y el continuo mugir de los ganados,
 Los tendidos collados
 Retumban, y las áridas riberas.
 Ya en colectivo estrago, ciento á ciento,
 En los mismos establos la ímpia Furia
 Corrompidos cadáveres hacina,
 Hasta que á abrirles fosas y á enterrarlos,
 Por fuerza al fin enséñanse los hombres;
 Que ni era dado aprovechar las pieles,
 Ni en aguas vivas ni á poder de fuego
 Desinfectar las carnes. Ni siquiera
 Los enfermizos sórdidos añinos
 Posible era esquilar, ni ya tejidas
 Tales lanas usar sin deshacerlas.
 ¿Qué digo? si ceñirse
 Tan odioso vestido ensayó alguno,
 De pústulas ardientes se cubría,
 Y de inmundo sudor, fétido el cuerpo,
 Y á poco descuidarse, fuego sacro
 Los infestados miembros devoraba.

LIBRO CUARTO.

De la miel celestial el don divino
 Ya me cumple cantar. Noble Mecénas,
 A esta parte tambien tus ojos vuelve,
 Y, en pequeño, espectáculos grandiosos
 Gozarán: los magnánimos caudillos,
 Las leyes y costumbres voy, por orden,
 De un pueblo entero á describir, sus tribus
 Y sus batallas, en el canto mio.
 Pequeño asunto, sí; mas no pequeña
 De trabajar en él será la gloria,
 Si Númenes adversos no lo impiden
 E invocado al cantor atiende Apolo.

El asiento, ante todo, y la morada
 Que á las abejas ocioso elijas,
 Al abrigo de vientos
 Estén, que con sus soplos importunos
 Acarrear impiden materiales;

Allí donde ni ovejas ni traviesos
 Cabritos á las flores hagan daño;
 Allí do la becerra
 Que por el campo yerra,
 No sacuda el prolífico rocío
 Nacientes hierbas con el pié tronchando.
 De la miel y sus ricos almacenes
 Léjos demore el de escabrosa espalda
 Dibujado lagarto; léjos anden
 El ímpio abejaruco, y los dañinos
 Pájaros sus cognados: sobre todo
 Procne fugaz, la que manchado ostenta
 El pecho con la sangre de sus manos;
 Que ellos en largo espacio á la redonda
 Hacen tala implacable, y de revuelo
 Se llevan en el pico á las abejas,
 Sabrosas presas á inclementes nidos.
 Haya, eso sí, líquidas fuentes; haya
 Remansos con tapiz de verde musgo,
 Y un arroyuelo puro
 Corra ledo y sutil entre la grama;
 Y alguna palma ó acebuche ingente
 Del colmenar la frente
 Con la sombra proteja de su rama,
 Porque, llegando la estacion propicia,
 Cuando á nuevos enjambres nuevos reyes
 Guian, y fuera del panal nativo
 Ociosa gira la novel colonia,
 Haya allí junto una ribera umbría
 Que del calor á descansar les llame,
 Y un árbol que, saliéndoles al paso,

Con frondoso hospedaje los detenga.

En medio al agua, ora apacible duerma,
 Ora inquieta circule, atrevesados
 Leños de sauce pon y piedras grandes,
 Do puedan fatigadas las abejas
 Como en contínuos puentes
 Parar el vuelo, ú á orcar aborden
 Al sol estivo las abiertas alas,
 Si con soplo importuno
 El Euro las dispersa rezagadas
 O en los senos las hunde de Neptuno.
 Verde romero y sérpul oloroso
 En torno abunden, y fragancia esparza
 Floreciente ajedrea,
 Y de sedientas violas el plantío
 De larga fuente humedecer se vea.

Ora las formes de enhuecados corchos,
 Ora las tejas de flexibles mimbres,
 No tengan tus colmenas
 Sino angostas entradas; que en hibierno
 La miel aprieta penetrante frio,
 Y á su vez la derriten los calores:
 Grave daño uno y otro á las abejas;
 Las cuales en sus casas á porfia
 No en vano con su goma resinosa
 Tapan las grietas que entreabrirse miran,
 Y con zumo de líquenes y flores
 Cubren los bordes, y al intento mismo
 Glutinosa materia depositan,

Más que la liga densa,
 Más tenaz que la pez que en Ida brota.
 Y también (si verdad la fama dice)
 Muchas veces en hoyos so la tierra
 Cavaron las abejas sus hogares,
 Y húbolas que se hallasen encovadas
 En hueca peña ó carcomida encina.
 No por eso las niegues
 Tu auxilio, ántes con fino barro en torno
 Los porosos cubiles baña y frota,
 Y breve y rara hoja extiende encima.
 Ni en los alrededores
 De la poblada estancia tejos sufras,
 Ni dejes á la lumbre
 Cocer rojos cangrejos, ni te fies
 De honda laguna, ni de aquellos sitios
 Do el cieno exhala fétidos vapores,
 Ó donde heridos los peñascos huecos
 Las vibraciones de la voz repiten,
 Y los ecos suceden á los ecos.

Tocante á lo demas, cuando derriba
 Bajo el polo al hibierno el Sol dorado
 Y con blando esplendor despeja el cielo,
 La abeja acude al punto á monte y prado,
 El cáliz de las gayas flores liba,
 Y el curso de las aguas en su vuelo
 Rasando va, cual ellas fugitiva:
 De aquí la misteriosa
 Dulzura con que á prole y nido entónces
 Da favor y calor; de aquí los medios

Con que ella nueva cera y firmes mieles,
 Maravilloso artífice, fabrica.
 Cuando saliendo ya de la colmena
 Lanzarse vieres á la etérea altura
 El ejército alado,
 Y en piélagos nadar de luz serena,
 Y á merced de los vientos confiado
 A manera venir de nube oscura,
 Mira, mírale atento;
 Siempre aguas dulces y frondosas copas
 Las volantes abejas solicitan.
 Tú entorno esparce del presunto asiento
 Los perfumes que enseña la experiencia,
 Majado toronjil, vulgar cerinto;
 Y, música á Cibélés favorita,
 Tímpanos suena, cimbalos agita.
 Al hojoso recinto
 Que con tales aliños les adobas,
 A sepultarse ellas vendrán de grado,
 Cual suelen, en las íntimas alcobas.

Mas si salen de guerra... Muchas veces
 Entre dos reyes disension ruidosa
 Nace, y fiero tumulto; y ya á distancia
 El alboroto popular, y aquellos
 Pechos que laten en afan de lucha,
 Es dado presumir; que bien se escucha
 Marcial clangor que al más moroso excita,
 Y siéntese la voz que á las trompetas
 La fragorosa resonancia imita:
 Ordénanse animosas,

Tersan la pluma, el aguijon aflan,
 Y aperciben el brazo á la batalla;
 A par del Rey, cabe la régia tienda,
 En densos escuadrones se colocan,
 Y con gran clamoreo
 Al enemigo ejército provocan.
 Luégo, pues, que de hermosa primavera
 Gozar consiguen, y de abiertos campos,
 Las puertas dejan y la lid se traba:
 Con el alto rumor los aires zumban,
 Y revueltas en gruesos pelotones
 A tierra ciento á ciento se derrumban.
 No más denso el granizo cae, ni tantas
 Bellotas llueve sacudida encina.
 Con grandes almas en pequeños cuerpos
 Ambos jefes discurren por las haces,
 Y desplegadas las insignes alas,
 En no ceder se empeñan
 Hasta que á éstos tal vez, tal vez á aquéllos
 A dar la espalda el vencedor obligue.
 Tan grandes guerras, tan tremendas iras
 Acaban en un puñto
 Si un puñado de polvo al aire tiras.

Como hayas de la iza
 A entrambos generales separado,
 Condena á muerte al que inferior parezca,
 Porque ocioso no estorbe; el más castizo
 El reino abandonado ocupe solo.
 El mejor de los dos (pues hay dos clases)
 Luciente de oro y con realzadas manchas,

Señálase también por su figura,
 Y escamas rutilantes le hermosean:
 Flojo aquel otro, en la inacción raído,
 Trae inglorioso un dilatado vientre,
 Así como los Reyes son sus pueblos,
 De dos clases también: hállanse abejas
 Astrosas, al viajero semejantes
 Que envuelto en polvoroso torbellino
 Llega, y con seca boca tierra escupe
 Sedito; y otras hay resplandecientes,
 De ardor bañadas, revestidas de oro,
 Y de pintas iguales salpicadas.
 Son éstas las mejores:
 Estas, llegando la sazón precisa,
 A coger te darán sus dulces mieles,
 Mieles no dulces sólo,
 Mas también puras y á templar llamadas
 El áspero sabor al don de Baco.

Quando repares que en dudoso vuelo
 Enjambres se solazan por el cielo
 Que poniendo en desprecio sus panales
 Su hogar dejaron solitario y frío,
 Sus veleidosos ánimos separa
 De tan vano soliz; ni á mucha costa
 Lograrás separarlos
 Como arranques las alas á los reyes;
 Que cuando ellos reposan, no hay vasallos
 Que osen viajar por la región del viento
 Ni enseñan arrancar del campamento.
 Los convida á su seno un delicioso

Fragante huerto de pintadas flores,
 Que Priapo, aquel dios del Helesponto,
 A pájaros medroso y á ladrones,
 Señoree empuñando su hoz de leño.
 El guardian señalado á estos dominios,
 Tomillo y pinos de los montes altos
 Traslade él propio, y en el duro empeño
 Las manos encallezca;
 Cada ferace planta él mismo ponga,
 Y con lluvia amorosa la humedadza.

Yo, si próximo al fin de la faena
 No fuese velas recogiendo ahora,
 Y fatigado á la vecina arena
 No desease ya arrimar la prora,
 Quizá el arte diría
 Que opulentos jardines hermosa;
 De Pesto los rosales cantaría
 Que cada un año no una vez florecen:
 La endibia, que en las aguas se recrea
 Del arroyo sedienta; del arroyo
 Las márgenes, que de apio reverdecen;
 El melon tortuoso que serpea,
 En la hierba, y en orbes se dilata;
 Ni al narciso tampoco, de tardía
 Cabellera, en mi canto callaría;
 Ni las varillas del flexible acanto,
 Ni las hiedras blanquizcas, ni los mirtos
 Que á las riberas se aficionan tanto.
 Bajo las altas torres de Tarento,
 En donde rubio y espigoso llano

Galeso cavernoso baña lento,
 Haber visto recuerdo á un buen anciano.
 Era Coricio el tal: pocas yugadas
 De un campo cultivaba ántes baldío,
 Ni conveniente á la labor de arado,
 Ni propicio al ganado,
 Ni oportuno de vides al plantío.
 Allí, con todo, entre espinosos setos
 Ordenaba hortalizas en la era,
 Y verbenas en torno cultivaba,
 Y el blanco lirio y suave adormidera.
 Él de noche á sus rústicos hogares
 Tornando, con manjares
 No comprados su mesa aderezaba;
 Y en riquezas, ufano de las suyas,
 Emulo de los Reyes se ostentaba.
 El la rosa primera
 Segaba en primavera;
 Él en otoño la primera fruta;
 Y cuando daba el aterido invierno
 Peso de nieve á las robustas rocas
 Y de hielo prisiones á los rios,
 El ya, de flores al jacinto tierno
 Desnudando, en sus triunfos al verano
 Llamaba, y á los céfiros, tardíos.
 Él, pues, era el primero
 En ver multiplicarse sus abejas
 En precoces enjambres; el primero
 En coger de panales quebrantados
 Miel espumosa, y él quien más en tilos
 Y muníficos pinos abundaba;

Y cuantas frutas en vestidas flores
 Cada árbol fértil suyo prometiese,
 Tantas daba maduras en otoño.
 Adultos olmos y el peral ya firme
 Y ornado de ciruelas el espino
 El trasplantaba en ordenadas calles,
 Y el plátano, ya á punto
 De dar á bebedores su ancha sombra.
 Mas el límite impuesto á mi carrera
 Respetaré, y el delibado asunto
 Dejo al que, en pos de mí, cantarle quiera.

Ea: aquellos sociables

Instintos ya diré que á las abejas
 Jove mismo infundió, y ellas llevaron
 En galardón, porque volado habiendo
 En pos de los Curetes, atraídas
 De sus sonoros címbalos, criaron
 En la cueva Dictea al Rey del cielo.
 Solas ellas habitan como hermanas
 Estrechas casas, y comunes los
 Educán, y de leyes se gobiernan
 Perpétuas y admirables; y ellas solas
 Patria conocen y Penates fijos.
 Próvidas venidero hibierno otean
 Y en estivos trabajos se ejercitan,
 Y cuantas provisiones acarrear
 En comunal acervo depositan.
 Mirar por el sustento deben unas,
 Y por pactado acuerdo
 En la campiña vagarosas labran;

Otras en lo interior de sus mansiones
 Lágrimas ponen que Narciso llora,
 Y de cortezas pegajoso glúten,
 Por primer fundamento á sus panales;
 Y la cera tenaz suspenden luégo.
 Otras nuevos enjambres acaudillan
 Que de la casta la esperanza encierran;
 Otras apuran suave miel, y al cabo
 Líquido néctar las celdillas colma.
 Las hay también á quienes toca en suerte
 La guarda de las puertas, y por turnos,
 Augures de la lluvia, contemplando
 Se están las nubes y el mudable cielo.
 Y ó bien salen de paz, la carga ajena
 A recibir ufanas, ó en batalla
 Cierran, y del castillo
 Los zánganos arrojan, vil canalla;
 Toda en tanto es calor la útil faena,
 Y la amorosa miel huele á tomillo.
 Y así como de masas maleables
 Forjan rayos los Cíclopes desnudos
 No hay tregua: cuáles de ellos dan tormento
 Al fuelle soplador de piel bovina,
 Aire absorbiendo y arrojando; cuáles
 Zabullen en el agua convecina
 Con estridor fogoso los metales;
 Con los heridos yunques Etna gime;
 Ellos con fuerza el brazo alzando, iguales
 Alternos golpes dan; tenaza emplean
 Mordaz, y el hierro sin cesar voltean:
 Así también (si comparar es dado

Con una cosa grande otra pequeña)
 Mueve á los doctos áticos insectos
 Nativo anhelo de adquirir, que empeña
 A cada uno en su oficio. La custodia
 De la ciudad, y el guarnecer panales
 Y el fabricar artificiosos techos
 A las ancianas de la tribu toca:
 Las abejas más jóvenes en tanto
 Vuelven, ya muy de noche, á sus moradas,
 Las alas fatigadas,
 Llenos los pies de néctares y aromas.
 Madroño y casia en su volar ligero
 Girando pacen, el jugoso tilo,
 El purpúreo zafran, el sauce cano,
 Los cárdenos jacintos y el romero.
 Es para todas ellas
 Uno el descanso y el trabajo es uno:
 Con el albor primero matutino
 Las puertas dejan; no hay tardanza; y cuando
 De la tarde el lucero
 Que del pasto descansan les íntima,
 El vuelo tornan á los patrios techos
 Concórdes, y sus cuerpos refocilan:
 En torno al colmenar primero oscilan
 Zumbando, y á las puertas se arrebozan;
 Mas luégo acomodándose en sus lechos
 Hacen silencio, y dan los cuerpos lasos
 A aquel cierto sopor de que ellas gozan
 Cuando lluvias amagan, no se atreven
 A alongarse; y del cielo,
 Si los Euros asoman, desconfían,

Y las alas no explayan;
 Mas al pié se guarecen de sus muros,
 Y allí seguras beben,
 Y breves excursiones sólo ensayan.
 Tambien toman á veces pedrezuelas,
 Como lastre el bajel que la onda azota,
 Y entre nieblas, con ellas, por el cielo
 Equilibrian el vuelo.
 ¿Y á quién admiracion no dan aquellas
 Castas costumbres? No el amor les place;
 Jamás se dieron á enervante enlace.
 Ni conocen del parto los dolores;
 Mas ellas sus hijuelos con la boca
 En hierbas delicadas
 Y en los pétalos toman de las flores;
 Y así Rey y Quirites pequeñuelos
 Renovar les es dado, y sus moradas
 Y su ciudad reconstruir de cera.
 Las leves alas contra dura roca
 Rompe á las veces una audaz viajera,
 Y al peso de la carga ya rendida
 Da gustosa la vida;
 ¡Que tanto de las flores el cariño
 En ellas puede, y tanto
 De fabricar su miel la dulce gloria!
 Es su existencia breve,
 Siete veranos á lo sumo alcanza;
 Mas su linaje permanece eterno:
 En dilatados años persevera
 La gloria del solar, y la familia
 Por abuelos de abuelos se numera.

No Egipto, no las Párticas regiones,
 No el medo Hidáspes, no la ingente Lidia,
 Como ellas á sus Reyes tanto acatan:
 Todo es paz, vivo el Rey, todo concordia;
 Faltando el Rey, ellas sus pactos rompen,
 La acumulada miel meten á saco,
 Y las tejidas tiendas desbaratan.
 El monarca dirige los trabajos:
 Él es reverenciado; de él en torno
 Los súbditos se agrupan
 En densas filas con rumor confuso;
 Y alzándole en sus hombros muchas veces
 Por él ponen el pecho á adversos tiros
 Y honrosa muerte entre los golpes buscan.

Muchos, tales acciones contemplando,
 Que una porcion de espíritu divino
 Reside en las abejas indujeron,
 Bien como efluvios de la etérea esencia;
 Pues Dios, arguyen, lo penetra todo,
 Tierras, y mares, y el profundo cielo;
 Y de él hombres y brutos
 Y cuantas fieras por los montes vagan
 Reciben, al nacer, la tenue vida;
 Y á él las cosas en fin se restituyen
 Cuando en sus primitivos elementos
 Se descomponen; y lugar no queda
 A la aniquilacion; ántes vivientes
 Vuelan las almas á tornarse en astros
 Y en el fondo del cielo se colocan.

Quando angostos depósitos abriendo
 A sacar te apercibas
 La atesorada miel de sus colmenas,
 Rociándote primero
 Con agua, agua en la boca vuelve, y lleva
 En la mano delante humos hostiles.
 Dos veces en el año
 Hay sazónada miel, y dos los tiempos
 Son de hacer su cosecha: cuando asoma
 La pléyada Taigete su faz pura
 Y con pié desdeñoso el seno hiere
 Del líquido Oceano; y cuando, huyendo
 De la constelacion del Pece acuoso,
 Del cielo, triste ninfa,
 Cae ella á hundirse en hibernales ondas.
 Ofendidas, en cólera se encienden
 Fiera; en las mordeduras inoculan
 Veneno, y aferrándose á las carnes
 Clavados dejan invisibles dardos;
 Y así el arma y la vida
 Pierden furiosas en la misma herida.
 Mas si tú, previsor y compasivo,
 Auguras temeroso un recio hibierno,
 Y á tí y á ellas mirando, te condues
 De su futuro miserable estado
 Que tristeza será todo y rüina,
 No por eso te arredres
 De zahumar con tomillo sus mansiones
 Y cercenarles la superflua cera.
 Así favor les das; que á los panales
 Calar suele el lagarto escurridizo,

Y en densa muchedumbre
 Medrosas de la luz las cucarachas;
 Y el zángano holgazan, que el pasto ajeno
 Gasta, miéntras el tábano esforzado
 Combates da con superiores armas:
 Tambien, perversa casta, las polillas
 Hacen á sordas pavoroso estrago;
 Y vista fué mil veces ya la astuta
 Araña, de Minerva aborrecida,
 A las puertas colgar sus flojas redes.
 Más laboriosas miéntras más les falta,
 En reparar se empeñan las abejas
 De su afligido pueblo las ruínas,
 Y á henchir sus aposentos se apresuran
 Y sus paneras á tejer de flores.

Que si en triste dolencia desfallecen;—
 Pues las mismas miserias que á nosotros,
 A los insectos, por haber nacido,
 Afligen. Ni los signos son dudosos
 Que en las abejas el contagio anuncian.
 Múdase luégo la color; en ellas
 Hórrido vese y macilento aspecto;
 Sacando á las difuntas del recinto,
 En triste funeral las acompañan:
 Unas, pendientes al umbral, se miran
 Enredadas de piés; otras adentro
 Se esconden, con el hambre acobardadas,
 Y entumecidas del rigor del frio.
 Hueco y cascado són, largo susurro
 Forman, á la manera

Que solloza en las selvas Austro helado,
 O como el mar con refluyentes ondas
 Agitado se queja, ó como gime
 Hirviendo el fuego en los cerrados hornos:
 Tú, pues, en casos tales
 Las colmenas con gálbano zahuma,
 Y miel en canalejas
 De caña introduciendo á las dolientes,
 Con cariñosa voz, con ruego instante
 Al conocido pasto las convida.
 Y es bien que con la miel el zumo mezcles
 De majadas agallas, rosas secas,
 Mosto mermado asaz á fuego lento,
 Y de la psitia vid pasos racimos,
 Y tomillo salsero, y la centáurea
 Rica en vivos olores. En los prados
 Hay tambien una flor á quien de *amelo*
 La agricultura gente impuso el nombre:
 Planta es que á quien la busca obvia se brinda;
 Pues tallos brota de una sola cepa
 En profusa abundancia; de oro el disco
 Tiene, mas en los pétalos que en torno
 En larga copia esparce,
 A vueltas del negror de la viola
 El brillo de la púrpura reluce:
 En festones tejida ella á menudo
 Dió á los sacros altares ornamento:
 Ingrato es su sabor: cogerla suelen
 En afeitados valles los pastores
 Miéntras guían su grey, y en las orillas
 Corvas abunda del humilde Mela.

Tú en vino generoso sus raíces
 Cuece, y de ello colmados canastillos
 Cual pasto salutífero á las puertas
 De la familia mísera coloca.

Quien viere que de súbito se extinguen
 Sus enjambres, y estirpe no le queda
 Que el linaje restaure, oiga y admire
 Del mayoral de Arcadia
 La invención memorable; oiga los medios
 Por donde tantas veces
 Abejas dió la corrompida sangre
 De una inmolada res. Desde un principio
 La historia, cual la fama la susurra,
 Enseñaré en mi canto. Allá en comarcas
 Do la felice gente de Canopo
 (Ciudad de origen macédon) cultiva
 Campos que cubre derramado el Nilo,
 Y en torno de sus predios
 El remo boga en pintorescas barcas;
 Allá donde zozobras los confines
 Causan de la flechera Persia, y donde
 Al verde Egipto con su limo negro
 Fertiliza, y brotando
 En siete brazos se divide el río
 Que entre los prietos Etiopes nace,
 Toda aquella región, que abejas cria,
 Ha cifrado en esta arte su esperanza.

Pequeño, y al intento acomodado
 Lugar eligen: á tinglado angosto

Y tabiques estrechos le reducen:
 Cuatro ventanas á los cuatro vientos
 En ellos abren, que del Sol reciban
 En rayo oblicuo claridad menguada.
 Entónces un novillo
 Traen en cuya frente de dos años
 Ya el asta asome y ya á encorvarse empieza.
 Tápanle ambas narices, y el aliento
 Ahóganle en la boca á viva fuerza;
 Le oprimen; carne y huesos todo junto
 Sin llagarle la piel muélenle á golpes,
 Y en la cerrada cámara le dejan
 Tendido en lecho de cortadas ramas,
 Frescas ramas de casia y de tomillo.
 Tal hacen cuando Céfiros tempranos
 Comienczan á rizar las ondas, ántes
 Que de nuevos matices se arrebolean
 Los prados; ántes que á los techos cuelgue
 Parlera golondrina el dulce nido.
 Fermenta en tanto en los deshechos huesos
 Cálido humor, y en peregrino modo
 Enjámbranse animales, que primero
 Faltos de piés, de alas despues vestidos,
 De zumbadoras alas que en las leves
 Auras ensayan más y más, al cabo
 Saltan perfectos cual la recia lluvia
 Que de las nubes de verano brota,
 Cual del nervio pujante las saetas
 Que rompiendo la lid lanzan los Partos.

¿Cuál Dios á los mortales

Esta traza enseñó por vez primera?
¿Cuándo ellos á aplicarla principiaron?
Vosotras lo decid, divinas Musas.

El pastor Aristeo
Huyendo, es fama, del herboso valle
Que con sus aguas ilustró Peneo,
Porque á la vez de enfermedad é inedia
Morir á sus abejas visto habia,
Del sacro rio aquel cabé la fuente
Detúvose doliente,
Y en prolijo lamento así decia:
«Cirene, madre mia,
Tú que en el fondo de estas aguas moras,
¿De la preclara estirpe de los Dioses
(Si es, cual cantas, mi padre el timbrio Apolo)
A qué me diste el sér? ¿para que el Hado
Me maltratase así? ¿O á dónde es ido
El entrañable amor que me tuviste?
¿Y de inmortalidad al alto asiento
Me mandaste aspirar! Este, este mismo,
Aunque en vida mortal, glorioso estado
Que á fuerza de desvelos y fatigas
Pastor á un tiempo y labrador cobraba,
Hoy mísero le pierdo,
Y tú viéndolo estás y eres mi madre!
Acaba, pues: mis árboles opimos
Ven y descuaaja por tu mano; mueve
A mis establos enemigo fuego;
Mis mieses tala, mis sembrados quema,
Implacable segur mete en mis viñas,

Si de un hijo el honor te duele tanto!»
Confusamente el ruido de su llanto
Bajo el profundo tálamo del rio,
De sus ninfas servida, oyó la madre.
Ellas á la sazón hilando estaban
De lana tinta en la color del vidrio
Émulos copos del vellon milesio.
Allí Drimo y Filódoce y Ligea
En círculo; allí Janto,
Nesa, Spio, Cimódoce y Talía,
Esparcidos los nítidos cabellos
Por los cándidos cuellos;
Y la rubia Licórias y Cidipe,
Recien probada aquélla
En trances de Lucina, ésta doncelia:
Allí Clio y Beroe, ambas nacidas
Del Océano, y ambas
Ceñidas de oro y matizadas pieles:
Opis, Efire, Deyopeya asiana,
Y Aretusa veloz, que al fin el arco
Depuesto y las saetas,
Rendida á la fatiga reposaba.
Celebra entre ellas la gentil Climene
Las inútiles artes de Vulcano,
Y de Marte el ardid, sus dulces robos;
Y hasta el antiguo Caos
Subiendo, los amores de los Dioses
En apiñada sucesion cantaba.
A cuyo canto las atentas Ninfas,
Mientras desvuelven el mechón suave
Que con los husos tuercen,

Estaban las historias escuchando.
 Hiere otra vez el maternal oído
 Del pastor el gemido.
 Todas en sus mansiones cristalinas
 Suspéndense las Ninfas, y entre todas
 Diligente Aretusa
 Por cima de las aguas la cabeza
 Alzando, sacudió sus hebras de oro,
 Torna á mirar, y desde léjos dice:
 «Cirene, hermana mía,
 No en vano te asustaron
 Tan grandes ecos de dolor: el mismo
 Hijo de tus entrañas, Aristeo,
 Largo llanto derrama
 Cabe el raudal del genitor Peneo,
 Y con renombre de cruel te llama.»
 Nuevo afán, más solícito deseo
 Atosiga á la madre, y «¡Venga, venga!»
 Dice; «que de los Dioses los umbrales
 Le es lícito pisar.» Y manda al punto
 Que el agua se divida á recibirle
 Y sendas abra por do baje al fondo
 El ilustre mancebo. Altas las ondas
 A manera de cerros se levantan,
 Y envuelto en su ancho seno
 Le depositan bajo el hondo río.

Ya el huésped á su paso
 Atónito contempla de la madre
 El palacio y las húmedas regiones,
 Las frescas grutas y silbosos bosques

Y entre espeluncas escondidos lagos.
 Oye rumores vagos
 De muchas aguas, y los grandes ríos
 Ve que debajo de la tierra manan
 Con vária dirección: el Lico, el Fásis
 Repara, y las cabezas
 De do brota profundo el Enipeo,
 Y el padre Tibre y los raudales de Anio,
 Y entre rocas el Hípanis sonante,
 Y el Caico de Misia; y mira erguirse
 En faz de toro y con dorados cuernos
 A Erídano, que campos ricos trata
 Y bajo el manto de la mar purpúreo
 Con desusado arrojo se dilata.

Después que ya Aristeo
 Entró bajo los huecos artesones,
 En columnas de pómez sustentados,
 Materna alcoba, y que sus vanas quejas
 Cirene oyó, las plácidas Nereides
 Aguamanos le ofrecen, y en seguida
 Sirven toallas de atusado vello.
 Otras cubren las mesas de manjares,
 Llenas copas reponen,
 Y arden arabio incienso en los altares.
 Vuelta al hijo Cirene,
 «Alza esta copa de meonio vino,
 Y libemos,» le dice, «al Oceano»;
 Y al Oceano al mismo tiempo invoca
 Por padre de las cosas, y á las Ninfas
 Que cien bosques custodian y cien ríos;

Tres veces ella sobre el sacro fuego
 Vuelca el líquido néctar, y tres veces
 Vuela al techo la llama entre esplendores.
 Con tan felice agüero
 Animada la Diosa, así comienza:
 «En los Carpacios golfos de Neptuno
 Mora el sabio Proteo,
 Cerúleo vate, en su gentil carroza
 Que bípedos caballos semipeces
 Uncidos tiran sobre el mar inmenso.
 En los puertos holgándose de Emacia
 Visita ahora su natal Palene.
 Veneracion tenémosle las Ninfas,
 Y el gran padre Nereo
 Venérale tambien; que él lo pasado,
 Presente y porvenir, todo lo sabe,
 Por obra y recompensa de Neptuno,
 Cuyo ganado de disformes focas
 En profundos abismos apacienta.
 Hasle, hijo, de ceñir con ligaduras,
 Porque las causas él de tu desgracia
 Revele, y de salud te abra camino;
 Que no de otra manera sino atado
 Sus enseñanzas á dictar se aviene.
 Ni esperes con plegarias reducirle:
 Fuerza, fuerza has de hacerle, y con prisiones
 Cautivo sujetarle, á fuer de malla
 En que en balde sus dolos vueltas dando
 Primero que romperla ellos se rompan.
 Yo misma, cuando en medio de su giro
 Ardores vibre el Sol (ahora en que mueren

De sed las plantas, y la sombra invita
 Más sabrosa que nunca á los ganados),
 Te llevaré al retrete en que acostumbra
 Viniendo de las ondas recogerse
 Fatigado el anciano. Allí tendido
 Entregárase al sueño, y tú embestirle
 Fácilmente podrás. Mas oye atento:
 Así como entre manos y en cadena
 Cogido ya le tengas, él de monstruos
 Mil formas tomará por engañarte;
 Mostraráse de pronto á tus miradas
 Ya jabali erizado, ya hosca tigre,
 O escamoso dragon, ó bien leona
 De bermeja cerviz: ora cual fuego
 Estallará soltándose, ora en agua
 Sutil parecerá que se deshace.
 Tú mientras más figuras finja y mude,
 Los vínculos tenaces más le aprieta,
 Hasta que torne á aquella en que le hallaste
 Cuando empezaba del tranquilo sueño
 A gustar que sus párpados cubria.»

Así dice Cirene,
 Y la fragante líquida ambrosía
 Vertiendo, el cuerpo todo unge del hijo;
 El cual en un instante
 De la aliñada cabellera exhala
 Suave aroma, y ya su pecho anima
 Competente vigor. Hay un cavado
 Monte, y del monte á un lado
 Profundo un antro, á donde empuja el viento

Gran copia de aguas, que á romperse llegan
 Y rómpense á morir en los recodos.
 Acosados tal vez, allí los nautas
 Hallan grato abrigo; allí Proteo
 Con una enorme roca
 Defendiendo la entrada, se guarece.
 En un cabo sombrío hora la Ninfa
 Al mancebo coloca; entre una nube
 Ella misma á distancia se cautela.
 Arde en tanto en el cielo
 Sirio, y del Indo la sedienta zona
 Consumidor abrasa: el Sol fogoso
 La mitad del espacio de su curso
 Ha devorado ya: mustios se inclinan
 Los agostados árboles; y yacen
 Los huecos rios con las fauces secas,
 Oprimidos del rayo, que sus aguas
 Sorbe, y el limo de sus lechos cuece.
 A esta sazón hácia la usada gruta
 Saliendo de las ondas se encamina
 Proteo; los mojados habitantes
 Del dilatado mar entorno saltan
 Y el salado cristal léjos esparcen;
 Y ya al sueño sus miembros en la playa
 Vueltas acá y allá rinden las focas.
 El á su vez (cual en los montes suele
 De un establo el guardián, cuando del pasto
 La estrella de la tarde á los becerros
 Reduce á casa, y el cordero empieza
 Al lobo á alborotar con sus balidos)
 En medio del escollo alto se sienta

Y su rebaño cuenta.
 No despreció Aristeo la propicia
 Ocasión; mas apenas vió al anciano
 Que fatigado el cuerpo reclinaba,
 Precipítase encima
 Con gran clamor, y en tierra con esposas
 Atale. Él por su parte,
 Maravillosamente trasfigura
 Su sér (antiguas artes no olvidando),
 Y en sucesivas formas aparece
 Fuego, monstruo feroz, fugace rio.
 Mas salida no logra su artimaña;
 Su semblante recobra verdadero
 Vencido, y habló, en fin, como habla un hombre:
 «¿Pues quién traerte pudo,
 Mozo audaz por extremo, á mi morada?
 ¿Ó qué buscas aquí?» Respondió el otro:
 «Tú lo sabes, Proteo, tú lo sabes;
 ¿Quién te engañó jamás? Falacias deja.
 Por divino precepto vine, en suma,
 Y en mi doliente estado
 Oráculos espero de tu boca.»
 Esto dijo no más. El vate entónces
 En laborioso esfuerzo
 Tuerce inspirado los ardientes ojos
 De verdinegro resplandor, los dientes
 Rechina, y con palabras
 Así descubre el velo de los hados:

 «La cólera de un númen te persigue:
 ¡Grande crimen expías!

Por tí sumido en sempiterno duelo
 Orfeo contra tí castigos lanza;
 De la perdida arrebatada esposa
 El rabioso recuerdo le importuna,
 Y si no lo remedia tu fortuna,
 Su sombra tomará cabal venganza.
 Huyendo por las márgenes del rio,
 Huyendo iba de tí con presta huella
 La misera doncella,
 Que, al paso, en la alta hierba ¡ay! escondida
 La hidra horrenda no vió que allí velaba,
 Mortal peligro á su inocente vida.
 El coro de las Dríadas doliente
 (Sus hermanos de infancia) de los montes
 Hinchieron las alturas con gemidos.
 Lamentaron del Ródope las cumbres
 Y el erguido Pangeo
 Gimió, y de Reso la marcial coinarca,
 Y los Getas, su muerte; honróla el Hebro
 Y la ateniense Oritia con su llanto.
 Con su cóncava cítara él, en tanto,
 Consolaba su amor, siguiendo á solas
 El curso de las olas;
 Y á tí, dulce mujer, naciendo el dia,
 A tí cantaba cuando el Sol moria.
 El las fauces del Ténaro, y de Dite
 Tambien las puertas penetró, y aquella
 Negra selva que horror pone y espanto:
 Presentóse á los Manes, y al temido
 Rey y su corte, que al humano ruego
 Duros cerraron corazon y oido;

Y arrebatados del divino canto
 De los senos del Érebo profundos
 Simulacros sin vida y sombras tenues
 Tales iban, y tantas, cual las aves
 Que á guarecerse en la arboleda umbría
 Encaminan el vuelo
 Si el Véspero su luz brilla en el cielo
 O ráfaga hibernal el monte envía.
 Imágenes allí se ven que fueron
 O matronas tal vez ó ciudadanos,
 Magnánimos difuntos campeones,
 Y tímidas doncellas,
 Y cándidos garzones,
 A quienes ya, cabe la alzada pira,
 Lloró el padre infeliz que arder los mira.
 Védanles el regreso, del Cocito
 El negro limo y los informes juncos;
 Del odioso pantano la onda torpe
 Atájales, y Estigio los circuye
 Con siete vallas en oblicuos giros.
 Pasmáronse aún las hondas
 Tartáreas sedes de la Muerte triste;
 Aun las fieras Euménides, crinadas
 De lívidas serpientes, se pasmaron
 De aquel mágico acento:
 Murió el ladrido en la entreabierta boca
 Del can trifauce; y porque el són la toca,
 La rueda de Ixion paró, y el viento.

»Ya el pié el cantor volvía
 Triunfante, y de peligros bien librado:

Restituida Eurídice á su esposo,
 Del esposo siguiendo las pisadas
 (Condicion que Prosérpina impusiera)
 Ya se elevaba á la region del dia.
 En esto del amante se apodera
 Momentánea locura,
 Impetu que perdon mereceria
 ¡Ay! si el Infierno perdonar supiera.
 Y fué así que al umbral del aura pura,
 El mísero, en su pecho
 Venciendo amor y olvido,
 Tornó su triunfo á ver: desvanecido
 Su trabajo contempla, y lo pactado
 Con el tremendo Rey, roto y deshecho.
 Fragoroso rumor se oyó tres veces
 En los abismos del Averno, y ella,
 «¿Cuál,» dice, «¡ay triste! cuál demencia, Orfeo,
 A perderme ha venido y á perderte?
 Atras Hado cruel volver me manda,
 Y el sueño de la muerte
 Sepulta ya mis zozobrantés ojos.
 ¡Adios! envuelta en pavorosa noche
 Arrebatada voy: ¡adios! en vano
 A tí, tuya ántes, ¡ay! las palmas tiendo!»
 Dice, y piérdese huyendo
 Cual humo que en los aires se desata,
 En direccion contraria; y al amante,
 Que sombras apalpando por cogella
 Corre en pos delirante,
 Jamás á ver volvió desde ese instante.
 Ni del Orco el guardian, en la interpuesta]

Laguna, desde entónces
 Abrir quiso camino á alma viviente.
 ¿Y á dónde el triste iria
 Una vez y otra vez desposeido
 De su bien? ¿Con qué ruego, con cuál llanto
 A los Manes y Dioses moveria?
 Ella en la estigia tabla iba entretanto
 Bogando ya, doliente sombra y fria.

»Siete meses arreo
 Junto á las ondas de Estrimon es fama,
 Llorando estuvo Orfeo
 Bajo una envanecida roca, y solo,
 Tornando al tema infausto y flébil canto,
 Al cielo se quejaba y las estrellas,
 De bronce á sus querellas;
 Y al sonar de su música divina
 Manso el tigre mostróse, y por gozalla
 Ibase en pos la descujada encina.
 De un álamo á la sombra filomena
 Así sus hijos llora
 Que duro labrador, dentro del nido
 Mirando implumes, le robó en mal hora;
 Y en la noche serena
 Repite allí en la rama
 Su endecha lamentable, y el gemido
 En ecos por los campos se derrama.
 No hubo ya amor, placer, gustos nupciales
 Que su ánimo doblasen. Solitario
 Los hiperbóreos hielos y el nevoso

Tánais, y campos que jamás perdieron
 Sus hórridas escarchas, visitaba,
 Y el rapto de la esposa, y la mentira
 De las gracias de Dite lamentaba.
 Menospreciadas, del piadoso oficio
 Las hijas de Ciconia se ofendieron,
 Y en ruidosas nocturnas bacanales,
 En medio al sacrificio,
 Los miembros del mancebo destrozaron,
 Los trozos en los campos esparcieron.
 Segado el vulto del garzon divino,
 El vulto alabastrino
 Que arrastran de Hebro las paternas ondas,
 «¡Ay desdichada Eurídice!» aún decia
 Su moribunda voz, su lengua fría,
 Huyendo en tanto el ánima ligera;
 «¡Eurídice!» y rodando el són doliente
 A par de la corriente,
 «Eurídice!» retumba la riberá!»

Así Proteo dijo,
 Y lánzase á la mar; y allí por donde
 Lanzándose se esconde
 Debajo de las aguas, espumoso
 Remolino formó. No así Cirene;
 Antes, medroso el hijo,
 Con voces tales á alentarle viene:
 «De enojosos cuidados, hijo mio,
 Libre puedes vivir. La causa sabes,
 La causa toda de la peste aciaga.

Ya ves por qué las enojadas Ninfas
 Con quienes coros en los altos bosques
 La triste aderezaba,
 Trajeron á tus míseros enjambres
 General destruccion. Paz implorando
 Tú, y dones ofreciendo,
 Ve, y adora las fáciles Napeas,
 Que acogerán tus ruegos con perdonos
 Y depondrán sus iras. Oye el modo:
 Cuatro elige ante todo
 Toros eximios de arrogantes formas,
 De aquellos que en las cumbres del Liceo
 Tienes, paciendo su verdura; y cuatro
 Novillas de cerviz no al yugo usada:
 En los adoratorios de las Diosas
 Cuatro altares érigeles: en ellos
 La sangre de las víctimas sagrada
 Haz que corra, y tendidos
 Los cuerpos deja en la floresta umbría.
 Despues, cuando los rayos de ~~el~~ ~~sol~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~noche~~
 Haya esparcido la novena ~~A~~ ~~los~~ ~~arros~~,
 Por funeral tributo adormidera
 En el agua bañadas del Leteo
 A la sombra de Orfeo
 Ofrece, y sacrifica una becerra
 Propiciatoria á Eurídice; ni olvides
 Negra oveja inmolar: gozoso entónces
 El paso vuelve á la floresta opaca.»
 Dijo. Al punto Aristeo
 Cumple el mandato de la madre: vuela
 A los adoratorios: allí erige

Las señaladas aras: cuatro, luégo,
 Eximios toros de arrogantes formas
 Conduce, y otras tantas
 Novillas de cerviz no al yugo usada.
 Despues, cuando los rayos de su lumbré
 Hubo esparcido la novena Aurora,
 Ofrece á Orfeo el funeral tributo,
 Y el paso vuelve á la floresta opaca.
 Y allí abejas sin cuento
 ¡Oh increíble portento!
 Hervir contempla en las disueltas carnes
 De las postradas reses, y zumbando
 Las costillas romper, lanzarse al viento
 Como nubes inmensas, y la copa
 Asediar de los árboles altiva,
 Y en vividor racimo
 Negras colgarse á los flexibles ramos.

Esto acerca del campo y su cultura,
 Esto acerca canté de los ganados
 Y acerca de los árboles, á tiempo
 Que César prepotente al hondo Eufrátes
 El rayo de la guerra
 Llevaba, y vencedor leyes ponía
 Á los sumisos pueblos de la tierra,
 Y al Olimpo ensayaba abrirse via.
 De la dulce Parténope á ese tiempo
 En el seno abrigado, florecía
 En no ruidosas artes yo, Virgilio,
 El mismo aquel que un día

Entonara campestre cantí.ena,
 Y en juveniles fuerzas confiado
 Cantarte osé atrevido
 A tí, á la sombra, Titiro, tendido
 De haya copuda, en pastoril avena.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"